REY. — (*Pausa.*) Dios sobre todo. Yo la envié á luchar contra los hombres, no contra los elementos. Sed bien venido á Madrid. (*Le tiende á besar la mano.*) Os doy las gracias por haberme conservado en vos un digno servidor. Le tengo por tal, señores, y quiero que por tal sea tenido. (*Le hace seña de que se levante y se cubra, y despues se dirige á los demas.*) ¿Hay algo más? (*A D. Cárlos y al Príncipe de Parma.*) Os saludo, Príncipes. (*Se van. Los otros grandes se acercan, doblan la rodilla y le entregan sus memoriales. Los hojea, y los da al de Alba.*) Me los devolvereis en mi gabinete. ¿Hemos concluido? (*Nadie responde.*) ¿Cómo es que el Marques de Posa no se presenta nunca entre mis grandes? Sé bien que este Marques de Posa me ha servido con honor... ¿Ha muerto tal vez?... ¿Por qué no parece por aquí?

LERMA. — El Marques ha regresado nuevamente de un viaje á traves de Europa, se halla en este instante en Madrid, y aguarda sólo un dia de audiencia pública para ponerse á los piés de su Rey.

ALBA. — El Marques de Posa, señor, es aquel osado caballero de Malta, de quien cuenta la fama una brillante accion. Cuando, bajo las órdenes del gran maestre, los caballeros se rindieron en su isla sitiada por Soliman, este jóven, que tendria entonces diez y ocho años, escapó de la Universidad de Alcalá y se presentó ante La-Valette, sin haber sido convocado. — Quiero que me compren una cruz, y quiero ganármela, dijo. — Y fué uno de los cuarenta que, en pleno dia, en el fuerte de San Telmo sostuvieron tres asaltos contra Psali, Ulucciali, Hussem y Mustaphá. El fuerte fué tomado, y muertos todos los caballeros en torno suyo; arrojóse al mar y volvió solo á La-Valette. Dos meses despues, el enemigo abandonó la isla y el caballero volvió á acabar sus estudios.

FÉRIA. — Es el mismo que más tarde descubrió la famosa conspiracion de Cataluña, y con su actividad únicamente, conservó para la corona esta importante parte del reino.

REY. — Me sorprende. ¿Qué hombre es este, que ha hecho tales cosas, y no cuenta un solo envidioso entre tres personas á quienes pregunto por él? En verdad que este hombre tiene un carácter muy raro, ó no tiene ninguno. Llevado de la curiosidad que excita lo maravilloso, quiero hablarle. (*Al Duque de Alba.*) Despues de la misa, llevadle á mi gabinete. (*El Duque sale; el Rey llama á Féria.*) Ocupareis mi puesto en el consejo privado. (*Vase.*)

FÉRIA. — El Rey se muestra hoy muy bondadoso.

MEDINA. — Como un dios... Tal ha sido para mí.

LERMA. — Mereceis este favor, Almirante, y tomo parte en vuestra alegria.

UNO DE LOS GRANDES. — ¡Y yo tambien!

OTRO. — Tambien yo, en verdad.

OTRO. — El corazon me palpitaba. ¡Tan digno capitan!

EL PRIMERO. — El Rey no ha usado con vos de su favor, sino que ha hecho justicia.

LERMA. — (*Yéndose. A Medinasidonia.*) ¡Cuán rico sois ahora, gracias á una sola frase! (*Se van.*)

ESCENA VIII.

El gabinete del Rey.

EL MARQUES DE POSA. — EL DUQUE DE ALBA.

MARQUES. — (*Entrando.*) ¿Quiere verme?... ¿A mí? No puede ser... Sin duda equivocais el nombre... ¿Y qué quiere de mí?

ALBA. — Quiere conoceros.

MARQUES. — Simple curiosidad, pues. Es lástima perder así el tiempo, cuando la vida es tan breve.

ALBA. — Os abandono á vuestra buena estrella, Marques; pensad que el Rey se halla en vuestras manos, y aprovechaos cuanto podais de este momento, pues á nadie más que á vos podreis culpar de su pérdida.

(*Se va.*)

ESCENA IX.

El MARQUES DE POSA.

MARQUES. — Muy bien dicho, Duque. Preciso será aprovechar este momento que se ofrece una sola vez. Me da este cortesano una buena leccion si no bajo su punto de vista, al menos bajo el mio. (*Despues de pasearse un instante.*) Pero ¿cómo me hallo aquí? ¿Se deberá tan sólo á un capricho de la suerte que vea reflejarse mi rostro en este espejo? ¿Será sólo una casualidad que entre tantos millones de hombres, el Rey, contra lo que era dado esperar, venga á tenderme la mano y renueve mi recuerdo en su memoria?... Quizá es esto algo más que la obra del azar. Porque ¿qué es el azar sino el bloque al cual el cincel del escultor comunica la vida? La Providencia dispone el azar, y el hombre debe emplearlo á sus fines. ¿Qué importa lo que el Rey desee de mí?... Sé lo que me toca hacer con él... Aunque no fuera más que una chispa de verdad audazmente lanzada en el alma del déspota, ¿qué resultados podrian esperarse de ella bajo la mano de la Providencia? Entonces lo que de pronto me ha parecido extraño podria conducirme á un fin completo; aunque así no fuere, obraré con esta creencia.

(Da algunas vueltas por la habitacion, y se pára en silencio delante de un cuadro. El Rey sale por un salon contiguo desde el cual se le ve dar algunas órdenes; luego se adelanta, se detiene en la puerta, y contempla largo rato al Marques, sin ser visto de éste.)

ESCENA X.

El REY. — El MARQUES DE POSA.

(Apenas éste advierte la presencia del Rey, se dirige á él, se arrodilla y se levanta sin embarazo.)

REY. — (*Mirándole con ademan de sorpresa.*) Me habeis hablado, alguna vez, por lo visto.

MARQUES. — No.

REY. — Habeis prestado algunos servicios á mi corona; ¿por qué os ocultais á mi gratitud? Tengo tantos nombres en la memoria... ¡Sólo Dios lo sabe todo! A vos os tocaba buscar la mirada de vuestro Rey: ¿por qué no lo habeis hecho?

MARQUES. — No hace más de dos dias, señor, que he regresado á este reino.

REY. — No quiero seguir siendo el deudor de los que me sirven; pedidme una gracia.

MARQUES. — No me es necesaria; gozo del beneficio de las leyes.

REY. — Tambien goza de ellas el asesino.

MARQUES. — Pero mayormente un buen ciudadano;... vivo satisfecho, señor.

REY. — (*Aparte.*) Mucho es su orgullo y mucha su osadía; debia esperarlo, vive Dios. Me gusta que el español sea altivo, y lo llevo en paciencia hasta cuando se desborda el vaso. (*Al Marques.*) Me han dicho que habiais abandonado mi servicio.

MARQUES. — Me he retirado para ceder el puesto á otro más digno.

REY. — Esto me disgusta ciertamente. ¡Qué gran pérdida para mis Estados, si los hombres de valía se retiran á la ociosidad! ¿Tal vez habeis temido faltar á vuestra particular vocacion?

MARQUES. — Oh, no; tengo la seguridad de que un hábil conocedor del alma humana, que supiera utilizar sus materiales, hubiera distinguido en mí, á la primera ojeada, mi particular vocacion. Me siento altamente reconocido á V. M. por la opinion que le merezco. Sin embargo... (*Se detiene.*)

REY. — ¿Reflexionais?

MARQUES. — Francamente, señor; no me hallo dispuesto á revestir con el lenguaje de vuestros palaciegos lo que he pensado como ciudadano del mundo; porque, desde el dia en que rompí mis relaciones con el poder, me creí tambien exento de la necesidad de explicarle los motivos de mi determinacion.

REY. — ¿Acaso estos motivos son frívolos, puesto que temeis manifestarlos?

MARQUES. — Si dispusiera del tiempo necesario para explicarlos extensamente, arriesgaria por ello mi vida; mas yo os confesaré la verdad, si no me negais este favor. Puesto que me hallo en el caso de escoger entre vuestro desden y vuestro ódio, prefiero pareceros antes un criminal que un loco.

REY. — (*Con curiosidad.*) Veamos.

MARQUES. — Señor, yo no puedo ser el servidor de los príncipes. (*El Rey le mira con sorpresa.*) No quiero engañar al comprador; si os dignais emplearme en vuestro servicio, querreis sin duda de mí actos meditados y pesados anticipadamente; querreis mi brazo y mi valor para el campo de batalla, mi cabeza para los consejos. El fin de mis acciones no deberá hallarse en ellas, sino en la acogida que encuentren al pié del trono. Mas para mí, señor, la virtud lleva su precio en sí misma, y me place derramar por mi propia cuenta los beneficios que el Rey derramaria por mis manos; quiero que este trabajo sea para mí la obra de la inclinacion, un gozo; nó la obra del deber. ¿Es este vuestro pensamiento? ¿Podreis soportar un acto extraño á vos, en vuestra creacion? ¿Y yo debo descender á ser el cincel, cuando puedo ser el artista?... ¡Ah! señor; yo amo á la humanidad, y en las monarquías sólo puedo amarme á mí propio.

REY. — Me parece muy digno de elogio vuestro entusiasmo. Quereis hacer el bien. Al hombre cuerdo y amante de su patria, poco le importa cómo realizará este deseo. Buscad en todo mi reino un puesto, que os permita entregaros á tan nobles inclinaciones.

MARQUES. — No veo ninguno.

REY. — ¡Cómo!

MARQUES. — V. M. quiere sembrar por mis manos la felicidad de los hombres, ¿pero esta es la misma que yo les deseo en la pureza de mi amor? Ante ella temblaria la majestad de los reyes. No; la política de los tronos ha creado una felicidad especial que puede distribuir todavía con largueza; ha sembrado en el corazon de los hombres nuevas inclinaciones que se contentan con aquella; ha marcado con su sello la verdad que puede soportar, y cuantas no llevan esta marca son rechazadas. ¿Pero lo que place á la corona

me place á mí? ¿El amor fraternal que siento por el hombre, puede prestarse á la tarea de rebajar al hombre? ¡Cómo puedo creerle feliz, despojado del derecho de pensar! No me elijais, pues, para distribuir una dicha vaciada en vuestros troqueles; rehuso ser un repartidor de vuestra moneda.

REY. —(*Con viveza.*) Vos sois protestante.

MARQUES.—Vuestras creencias son las mias, señor. (*Pausa.*) No he sido comprendido; lo temí. Me habeis visto levantar el velo que cubre los misterios de la monarquía, y pensais que es difícil que mire como sagrado lo que ya no perturba mi mirada. Parezco temible porque he osado reflexionar sobre mí mismo, pero os aseguro que no lo soy, porque mis deseos se hallan encerrados aquí. (*Pone la mano sobre el corazon.*) El ridículo furor de innovaciones que aumenta el peso de las cadenas que no puede romper, no inflamará nunca mi sangre. Mi siglo no está aún en sazon para mi ideal; yo soy un ciudadano de los siglos por venir. Si una simple pintura puede turbar vuestro reposo, basta un soplo para desvanecerla.

REY. —¿Soy el primero á quien os habeis mostrado bajo este aspecto?

MARQUES. —Bajo este aspecto, sí.

REY. —(*Se levanta, da algunos pasos, y se detiene delante del Marques.*) Este lenguaje tiene al menos el atractivo de la novedad. La lisonja fatiga, la imitacion rebaja al hombre de mérito, y éste ensaya, siquiera una vez, lo contrario. ¿Por qué no? Lo que sorprende hace fortuna. Si lo habeis comprendido así, perfectamente. Desde hoy estableceré un nuevo cargo en la córte, el de despreocupado.

MARQUES. —Veo, señor, qué mezquina, qué humillante idea teneis de la dignidad del alma humana. Hasta en el lenguaje del hombre libre descubris el artificio de la adulacion, y en verdad que me parece

conocer la causa de vuestra opinion tristísima. Los hombres os han impelido á ella, los hombres que han abdicado ante vos su nobleza y descendido voluntariamente á un lugar subalterno; huyen con espanto de la sombra de su dignidad interior, se complacen en sus miserias, adornan con infame habilidad sus propias cadenas y llaman virtud al talento de llevarlas con decoro. En tal estado habeis recibido el mundo, en tal estado os fué trasmitido por vuestro glorioso padre. ¡Cómo era posible que despues de tan dolorosa mutilacion honrarais al hombre!

REY. —Algo hay de cierto en vuestras palabras.

MARQUES. —Pero el error está en haber convertido al hombre, obra del Creador, en obra de vuestras manos y haberos despues presentado como un dios á esta criatura de nuevo cuño. Una sola cosa olvidasteis; habeis seguido siendo hombre, hombre salido de las manos del Creador, sujeto á los padecimientos y deseos de los demas mortales, y como ellos, sediento de amor y simpatía y... ¿qué puede ofrecerse á un dios, si no es el temor ó el ruego? ¡Oh deplorable transformacion! ¡Fatal inversion de la naturaleza! Habeis hecho del hombre una cuerda de vuestra lira, ¿quién partirá con vos el sentimiento de la armonía?

REY. —¡Por el cielo... me arroba!

MARQUES.—¡A vos poco importa este sacrificio, porque gracias á él, sois el único de nuestra especie, sois un dios! Nada seria tan terrible como que no fuera así; si con la pérdida de la dicha de tantos ciudadanos no hubieseis ganado nada, y la libertad que anonadasteis fuese ahora lo único que pudiera satisfacer vuestras aspiraciones. Pero os ruego, señor, que me permitais retirarme, pues mi asunto me exalta y arrebata. Mi henchido corazon desborda, porque tiene demasiado encanto para mí hallarme delante del único hombre al cual puedo abrirlo de par en par. (*En este*

momento entra el Conde de Lerma y dice algunas palabras al Rey, quien le hace una seña para que se retire, y recobra su actitud.)

REY. — Acabad.

MARQUES. — (*Pausa.*) Comprendo todo el precio...

REY. — Acabad; teneis algo que decirme todavía.

MARQUES. — Acabo de llegar, señor, de Flandes y Brabante. ¡Qué rica y floreciente provincia! ¡qué grande, qué poderoso, y al propio tiempo qué honrado pueblo! Ser el padre de este pueblo — pensaba yo — debe ser un gozo celestial... cuando de repente mis piés tropiezan con algunos huesos calcinados! (*Pausa. El Marques mira fijamente al Rey, que intenta contestar á su mirada, pero conmovido y turbado, baja los ojos.*) Teneis razon; debeis de tenerla; pero precisamente me aterra y admira al par, que os haya sido posible cumplir tamaño deber. ¡Es ciertamente triste que la víctima que rueda bañada en su propia sangre, no pueda entonar un canto de alabanza á la intencion del sacrificador; es ciertamente triste que la historia del mundo sea escrita por hombres, y no por séres de superior naturaleza! Una más suave civilizacion ha de sustituir á la de Felipe, más sábia, más humanitaria; se acordará la libertad de los ciudadanos con la grandeza de los príncipes; el Estado se mostrará avaro de sus hijos y la misma necesidad se humanizará.

REY. — ¿Y cuándo creeis que llegarian estos felices tiempos, si yo hubiese temblado ante la maldicion de los presentes?... Mirad en torno de vos á mi España. Bajo el reinado de una paz sin nubes florece la dicha, y yo quiero dar este reposo á Flandes.

MARQUES. — (*Con viveza.*) El reposo de un cementerio... ¡Y aún esperais acabar la obra comenzada! ¡y aún esperais detener la transformacion necesaria á la cristiandad, la primavera universal que rejuvenece al mundo! ¡Solo, aislado en toda Europa, os quereis

arrojar delante de la rueda de los destinos humanos, que prosigue sin cesar su curso! ¡Quereis que el brazo de un hombre la encamine! Oh! no, no lo hareis! Veo á millares de hombres que han huido de vuestros Estados, pobres pero gozosos. Los ciudadanos que perdisteis á causa de sus creencias, eran precisamente los más nobles. Isabel tiende sus maternales brazos á los fugitivos, y la terrible Inglaterra prospera con la industria de los hijos de nuestras comarcas. Privada del activo trabajo de los nuevos cristianos, Granada ha quedado desierta; Europa entera triunfa al ver á su enemigo ensangrentado con las heridas que se ha abierto en su propio cuerpo. (*El Rey se conmueve; el Marques lo advierte y se le acerca.*) Quereis trabajar para la humanidad y sembrais la muerte. Esta obra de opresion no ha de sobrevivir al obrero que la ha inaugurado, y construís vuestro edificio para la ingratitud. En vano habreis librado rudo combate con la naturaleza; en vano habreis sacrificado á vuestros destructores proyectos una vida de príncipe y vuestras virtudes de rey; el hombre es algo más de lo que creisteis; romperá el yugo de su letargo, y reclamando un dia sus sagrados derechos, unirá vuestro nombre á los de Neron y Busiris; por vos lo siento, porque vos sois bueno.

REY. — ¿Dónde habeis adquirido esta certeza?

MARQUES. — (*Con fuego.*) ¡Sí, por el cielo! sí, sí; lo repito. Devolvednos lo que nos habeis arrebatado. Sed generoso como suelen los fuertes, y dejad que nuestra dicha se deslice de vuestras manos. Permitid que el alma del hombre madure en vuestro vasto edificio. Devolvednos lo que nos habeis arrebatado. Entre mil, sed un Rey. (*Se acerca osadamente á él, y clava en él firme y ardiente mirada.*) ¡Oh! ¡quién tuviera ahora la elocuencia de los millares de séres, cuya suerte se decide en tan solemne momento! ¡Quién pudiera con-

vertir en visible llama, el pasajero rayo que brilla en vuestros ojos! ¡Abdicad la apoteosis contraria á la naturaleza que nos anonada, y sed para nosotros un trasunto de lo que es eterno y verdadero! ¡Jamas mortal alguno hallóse en estado de usar más bellamente de su poder! Todos los reyes de la tierra rinden homenaje al nombre español; ¡marchad á la cabeza de los reyes de Europa! Con un rasgo de pluma de vuestra mano, la tierra aparecerá como de nuevo creada. ¡Concedednos la libertad de pensar! (*Se arrodilla á los piés del Rey.*)

REY.—¡Extraño entusiasta!..... ¡Levantaos..... por Dios!..... yo.....

MARQUES.—¡Mirad á vuestro alrededor, cómo la naturaleza se muestra esplendorosa fundada en la libertad y rica por la libertad! El Omnipotente arroja el insecto en una gota de rocío, y deja que allí se agite libremente entre la muerte y la vida. ¡Cuán pequeña y miserable vuestra creacion, comparada con aquella! El rumor de una hoja asusta al señor de todo el orbe cristiano, que tiembla ante la sombra de una virtud, mientras que el Señor de señores, antes que turbe de la libertad el encantador espectáculo, deja que se desencadene sobre el universo toda suerte de males. Ocúltase discretamente bajo leyes eternas, y al que todo lo ha creado, no se le ve en parte alguna. El impío ve á aquellas, y no ve á este, y dice: ¿Por qué un Dios?... ¡el mundo se basta á sí mismo! Y esta blasfemía es un homenaje rendido al Creador, superior á los que la devocion le rinde.

REY.—¡Qué!... ¿Osariais imitar en mis Estados tan sublime modelo?

MARQUES.—Vos lo podeis; ¿quién lo puede sino vos? ¿Por qué no consagrar á la felicidad de los pueblos el poder que habeis empleado hasta ahora en pró de la grandeza del trono? ¿Por qué no devolver á la humanidad la dignidad perdida? Sea nuevamente el ciudadano lo que habia sido hasta ahora, el objeto y fin del gobierno, y no se le encadene con otros deberes que los nacidos de los sagrados derechos de sus hermanos. Cuando entregado á sí mismo, el hombre recobrará el sentimiento de su dignidad; cuando las elevadas virtudes de los hombres libres se desenvuelvan en él, y sea vuestro reino el más feliz de todos, entonces, sólo entonces tendreis el deber de subyugar al mundo.

REY.—(*Despues de largo silencio.*) He permitido que hablarais hasta el fin. Harto comprendo que vuestra imaginacion os pinta el mundo de un modo distinto que la suya á los demas hombres; no quiero, por tanto, sujetaros á un ordinario juicio. Creo, y lo creo porque lo sé, que yo soy el primero á quien habeis revelado vuestros pensamientos más íntimos, y en gracia á la reserva que os obligó á ocultarlos en lo más hondo del corazon, en gracia á esta modesta reserva, quiero borrarlos de mi memoria y olvidar el modo que me ha llevado á conocerlos. Levantaos; deseo corresponder á vuestro entusiasmo con la indulgencia del anciano, no como rey. Lo quiero, porque lo quiero. Hasta el veneno puede convertirse en saludable sustancia en un organismo privilegiado, pero guardaos de la Inquisicion... Veria con dolor...

MARQUES.—Es cierto... ¿con dolor?

REY.—No habia encontrado hasta ahora un hombre como vos. No, no, Marques; me juzgais con demasiada rudeza. Creed que nunca he pensado en ser un Neron; no quiero serlo, no quiero serlo por vos. No perecerá toda dicha en mi reino, y bajo mi dominacion podreis continuar siendo un hombre.

MARQUES.—¿Y mis conciudadanos, señor? Aquí no se trataba de mí; no venia á defender mi propia causa; se trataba de ellos... Decid... ¿y vuestros vasallos?

REY. — Puesto que conoceis el juicio que formulará sobre mis actos la posteridad, sepa tambien cómo he tratado á los hombres cuando he hallado uno...

MARQUES. — Ruégoos, señor, que siendo tan justo como sois, no cometais al propio tiempo tal injusticia. En Flandes viven millares de ciudadanos, sin disputa mejores que yo. Sólo vos — me atrevo á afirmarlo — sólo vos veis por vez primera, bajo más grato aspecto, la idea de la libertad.

REY. — No añadais una palabra más sobre esta cuestion, noble jóven. Tengo la seguridad de que modificareis vuestras opiniones, cuando conozcais mejor á los hombres. Sentiria, sin embargo, que esta entrevista fuese la última. Decidme, ¿qué debo hacer para aliaros á mi poder?

MARQUES. — Dejadme tal como soy. ¿Qué seria para vos, si me dejara seducir por vuestras promesas?

REY. — No sufro este rasgo de orgullo; desde hoy os considero á mi servicio, y sin admitir excusa de ningun género. (*Pausa.*) Pero... cómo... ¿no iba en busca de la verdad y no hallo más todavía?... Me habeis visto sentado en mi trono, pero no en mi casa, Marques. (*El Marques parece meditar.*) Os comprendo. Pero, aunque sea el padre más desgraciado de la tierra ¿no puedo ser feliz esposo?

MARQUES. — Si un hijo sobre el cual cabe fundar halagüeñas esperanzas, si la posesion de una esposa, digna de amor, dan á un mortal el derecho de llamarse feliz, vos, más que otro alguno, señor, vos gozais sin duda de esta noble dicha.

REY. — (*Con ademan sombrío.*) No gozo de ella, no gozo de ella; nunca lo habia comprendido como ahora.

MARQUES. — El alma del Príncipe, señor, es noble y pura; jamas dudé de ello.

REY. — Pero yo... Ni una corona puede compensar lo que me ha arrebatado... ¡Una Reina tan virtuosa!

MARQUES. — ¿Quién osaria, señor?...

REY. — El mundo, la calumnia; yo mismo... Ved los irrecusables testimonios que la condenan, sin otros que existen, y que me hacen temer la más terrible noticia. Pero no puedo, Marques, no puedo resignarme á creer á un solo testigo acusador... ¡Ella, ser capaz de tal delito...! Más natural me parece creer que una Éboli la calumnia; y en cuanto al fraile y al Duque de Alba, aquel la ódia tanto como á mi hijo, y éste fomenta la venganza. Mi esposa vale más que todos ellos juntos.

MARQUES. — Hay algo en el alma de la mujer, señor, que está por encima de todas las apariencias y calumnias... la virtud de la mujer!

REY. — Lo mismo digo yo; cuesta mucho descender al punto á que suponen ha descendido la Reina; que los lazos sagrados del honor no se rompen tan fácilmente como pretenden persuadirme. Vos conoceis á los hombres, Marques; un hombre como vos me falta mucho tiempo há. Sois bueno, confiado; y sin embargo conoceis á los hombres... Hé aquí por qué os he elegido...

MARQUES. — (*Sorprendido y asustado.*) ¿A mí, señor?

REY. — Llegado á mi presencia, nada habeis pedido para vos, espectáculo nuevo ciertamente á mis ojos... Sereis juez, porque sé que la pasion no ha de conturbaros. Acercaos á mi hijo y sondead el corazon de la Reina, y para que podais conversar con ella en secreto, os confiaré plenos poderes. Entre tanto retiraos. (*Llama.*)

MARQUES. — Si puedo lograr una esperanza fundada, este es el dia más bello de mi vida.

REY. — (*Le da á besar la mano.*) No lo considero perdido para mí. (*El Marques se levanta y se retira. Entra el Conde de Lerma.*) Este caballero entrará de hoy más, sin necesidad de ser anunciado.